

JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ FAUS

Ir a las raíces

Cuando la pasada crisis de Líbano, Condoleezza Rice justificó el retraso del alto el fuego arguyendo que para resolver un problema hay que ir a sus raíces: una de esas formas de argumentar de la extrema derecha, que esgrime verdades incontestables para aplicarlas a situaciones donde no caben. Todos sabemos que arrancar una muela puede ser el modo de ir a la raíz de un mal, pero cuando la muela está hinchada e inflamada no vale ese principio; antes hay que tomar antibióticos y rebajar la hinchazón. Condoleezza debe tener la suerte de no haber ido nunca al dentista.

Dejando ahora Oriente Medio, es útil recuperar el consejo de ir a las raíces para reflexionar sobre problemas de nuestra convivencia, antes de que vuelvan a producirnos serios flemones.

1) Comencemos con los cayucos y las pateras. Son hoy un problema sin solución, y fue admirable la acogida y el esfuerzo realizado con ellos en Canarias. Pero parece que ya no se trata de mera inmigración, sino que está convirtiéndose en auténtica *invasión*. Una nueva forma de *invasión* desarmada, pacífica, no prepotente sino desesperada, en la que se arriesgan y se pierden demasiadas vidas, pero que no deja de ser *invasión*. Negociar con gobiernos africanos para impedir la salida de embarcaciones es un parche necesario. Pero tiene el peligro de que, si se corta así la avalancha, demos por resuelto el problema olvidando que éste tiene una raíz más honda, que es el lento holocausto táctico que Occidente ha venido haciendo con África: expoliarla para sacar de ella las riquezas o materias primas que nos interesaban e invadirla para imponerle nuestros productos, mientras les impedimos vender los suyos con

J.I. GONZÁLEZ FAUS, responsable de teología de *Cristianisme i Justícia*



ASTROMUJOFF

las leyes que dictamos nosotros. Según el PNUD (1995), una familia africana media consume hoy un 20% menos de lo que consumía hace 25 años. Los hombres solemos amar mucho la propia tierra, y muy mal deberá estar para que deseemos que no sea la nuestra. Que los africanos se encuentren bien en su casa sería la solución del problema: la emigración quedaría otra vez reducida a migración, dejando de ser *invasión*. Pero esto significa un cambio largo y enorme, no sólo en África sino también en Europa. Ésas son las raíces a las que habría que ir, tras aplicar los parches necesarios ahora.

2) Nos hemos metido en una *recuperación de la memoria histórica*. Otro día hablaré más de esto. Es sin duda oportuno buscar y desenterrar víctimas silenciadas de la dictadura franquista. Pero no para dejar sentado que nosotros éramos los buenos. Indudablemente,

la República tuvo plena legitimidad y realizaciones admirables. Pero tuvo también aspectos de república *bananera* que llevaron a muchos a entonar el célebre "no es esto, no es esto". Las numerosas víctimas que produjo (aunque no siempre fueran *mártires* y aunque el canonizarlas pueda ser otra forma censurable de autoafirmación) valen lo mismo que los muertos propios. Es patrimonio de una auténtica izquierda no creer nunca que tiene toda la razón y ser capaz de preguntarse qué ha hecho mal. Sin eso, regresaremos a una historia que consiste en sucesivas vueltas de tortilla y, tras cada vuelta, canonización del de arriba y satanización del de abajo.

3) Hemos visto manifestaciones espléndidas contra el hambre que pedían hechos y no palabras. Sería cómodo culpar de ello sólo a los gobiernos. Nuestro nivel de consumo es una de las causas del problema (sólo lo que gastamos en cosméticos cada año basta para evitar los millones de muertes anuales por hambre). Los ciudadanos podemos también negar el voto a todo partido que no se comprometa a cumplir el propósito de destinar el 0,7 del presupuesto a los países pobres (¡aquí sí que tendría sentido un notario!). Aunque esto repercutiera en nosotros...

4) Acabemos con la violencia de género. Las leyes de alejamiento y demás se han revelado como aspirinas para combatir un cáncer. Se trata además de una violencia acompañada muchas veces del suicidio del agresor. Ello revela un furor de ciega desesperación: más similar al terrorismo islámico que al prepotente y justiciero de Bush. En las raíces de esta plaga podría estar nuestra concepción trivializada de la sexualidad: se la reduce a mero objeto de consumo, desconociendo que afecta a las dimensiones más hondas de nuestro psiquismo. Ello fomenta una visión machista de la sexualidad como posesión y derecho, no co-

mo relación con lo distinto, que —cuando fallan— irrita y desespera al macho (mucho más vulnerable de lo que parece, a pesar de su fuerza física). Telebasuras y magazines hacen encuestas a ver si nos enamoramos de un culo o unos pechos (así un diario de extrema derecha, el 20/VIII/06); y luego resulta que convivimos con algo más que esos apéndices praxi-télicos. Feminismos furibundos que confunden radicalidad con extremosidad (como suele ocurrir a algunas izquierdas) pueden contribuir inconscientemente al desastre, por empe-

ES ÚTIL REFLEXIONAR

sobre los problemas de

nuestra convivencia antes

de que vuelvan a producirnos

serios flemones

ñarse en que las diferencias varón-mujer son todas meramente culturales y no naturales. Aunque eso facilitaría mucho las cosas, es una facilidad irreal. Otra raíz del problema es la educación, en el sentido etimológico del término: educar significa simplemente *sacar*, hacer aflorar las mejores posibilidades de cada cual. Nuestra educación, sobre todo la de los más pobres, se preocupa sólo de *meter* en la persona una serie de habilidades, casi como quien programa a un ordenador. Así, ocupamos el primer lugar de Europa en agresión escolar y casi el último en calidad de enseñanza. Cambiar eso supondría una revolución no sólo en modos de ganarse la vida, sino en cuanto a preparación de los educadores y dedicación a los alumnos. Pero eso choca con la definición que el sociólogo Boaventura Santos da de nuestras sociedades: "Políticamente democráticas y socialmente fascistas". Y hoy hasta la izquierda acepta esa configuración.

Vale más prevenir que tener que remediar. La prevención es cara y a veces innecesaria. Pero el remedio puede ser carísimo y a veces imposible.●

ÀNGEL CASTIÑERIA Y JOSEP M. LOZANO

Una proposición indecente

Un fantasma recorre discretamente Catalunya desde hace un cierto tiempo. El fantasma de la conveniencia de separar las cuestiones nacionales e identitarias de las cuestiones sociales. Como dice el Eclesiastés, hay un tiempo para cada cosa, y ahora parece que llega el tiempo de poner por fin en un segundo plano lo nacional para dar la importancia que se merece a lo social. Debemos ser la avanzadilla del mundo civilizado, porque lo que se predica de la separación retórica entre Catalunya y los catalanes concretos resulta difícil de imaginar en boca de ningún político de un país homologable al nuestro. Pero claro: resulta, por ejemplo, un desvarío nacionalista alejado de los problemas de la gente ocuparse de las selecciones deportivas catalanas. Pero todavía esperamos alguna reacción de los posnacionalistas de derechas y de izquierdas ante la reciente aglomeración de políticos alrededor de la selección española de baloncesto.

Cuando no hay mucho tiempo para argumentar, se suele agitar el fantoche de una supuesta Catalunya esencial que se contrapone a... ¿a qué? Pues como no podría ser de otra manera, a otra abstracción indefinida que toma la forma mítica de un supuesto ciudadano corriente, al que algunos parecen conocer

personalmente y desayunar cada día con él. Resulta enternecedora la ilusión de creer que a base de repetir que hay que hablar de las preocupaciones concretas de la gente, eso ya conecta directamente con ella. Hoy resulta imprescindible simplificar los mensajes, pero eso no debe hacerse al precio de exhibir la propia ignorancia. La referencia a las personas y su prioridad siempre ha sido uno de los ejes del discurso nacionalista en Catalunya, y pretender lo contrario sería lo mismo que amenazar con que el pensamiento social(ista) tarde o temprano acaba por subordinar y disolver al individuo en la colectividad, caricatura, por cierto, que también tiene una cierta cotización al alza.

No todos los planteamientos son iguales. Hay diferencias entre enfoques y prioridades políticas. Pero si se trata de sustituir una mitología esencialista por otra para vender mejor nuestra mercancía, digámoslo claramente. No pretendamos que algunos están en la edad de la inocencia posnacionalista, y han accedido milagrosamente a una relación directa con lo concreto (y no digamos con los problemas de la gente), mientras otros siguen cultivando



MESEGUER

malévolamente esencias nacionalistas para poder fastidiar con mayor perfidia nuestras existencias cotidianas.

La pregunta que contestar es si es posible una política social sin su interpenetración con una identificación nacional. Y viceversa. Lo social y lo nacional están entreverados. Quienes hablan con elogio del modelo social sueco suelen obviar precisamente esto: que hablan del modelo sueco, y no del modelo so-

cial en Suecia. No suelen pararse a pensar que para que exista dicho modelo se necesitan no sólo políticas sociales y ciudadanos genéricos, sino también, curiosamente, suecos y suecas que se reconozcan como tales, es decir, que tengan una idea compartida del bien común, se identifiquen colectivamente con su modelo social y lo sientan como propio.

Convendría que nos planteáramos cuál es la diferencia entre una campaña electoral y una subasta pública en busca de la adjudicación del voto al mejor postor. Si sólo existen ciudadanos individuales a los que ofrecer más y mejores servicios, resulta bastante difícil esperar responsabilidades y compromisos cívicos de quien ha sido reducido a la categoría de usuario y contribuyente. El espacio público se disuelve, entonces, en encuestas de satisfacción. Sin reconocerse parte de un nosotros, sin proyecto compartido, al final tampoco es posible ni gestionar las mismas políticas sociales, en la medida en que resulta imposible detener la multiplicación hasta el infinito de las exigencias (y las correspondientes promesas) de quien es tratado sólo como receptor y ha perdido la conciencia de límite

y de responsabilidad, porque tampoco tiene conciencia de vinculación. Desengañémonos: no es concebible una política social anacional, como tampoco es concebible una política nacional asocial. Lo cual no significa que no haya diferencias en su modulación concreta.

Martin Luther King proclamó en su histórica marcha: "Tengo un sueño". No dijo: "Tengo un plan estratégico para cinco años" o "tengo unos objetivos de gestión". No porque éstos no sean necesarios, sino porque por sí mismos no alientan ni generan vinculación y compromiso. Por no recordar el famoso discurso de Tony Blair en el que se vincula identificación y mejora social. "Creo en Gran Bretaña. Creo en los británicos. Podemos ser los mejores, el mejor lugar para vivir, para educar a los niños, para llevar una vida plena, para envejecer". A lo mejor es que somos la vanguardia de la humanidad y nadie se ha enterado de una innovación que nos sitúa más allá de la identidad. Pero más bien nos tememos que el fantasma posnacionalista pretende que cuaje la idea de que en Catalunya un incremento de la política social sólo es posible pagando el precio de diluir la política nacional. Lo que nos parece una proposición indecente, especialmente en boca de quienes engolan la voz y se envuelven en la divisa "todo por el ciudadano de a pie (y los problemas cotidianos de la gente de la calle)".●

ÀNGEL CASTIÑERIA Y JOSEP M. LOZANO, profesores de *Esade*